nacion india, cuyo poder temian aquellas regiones; pero las discordias y la envidia no tardaron en ensangrentar una tierra hospitalaria. Habia entre los salvajes un anciano llamado *Chactas* (1), que por su edad, sabiduría y conocimiento de las cosas de la vida, era el patriarca y el amor de los desiertos, y que como todos los hombres, habia comprado la virtud á espensas del infortunio. No solo fueron testigos de sus desgracias los bosques del Nuevo-Mundo, sino tambien las costas de la Francia. Preso en las galeras de Marsella, merced á una atroz injusticia, libre despues, y presentado á Luis XIV, habia conversado con los grandes hombres de su siglo y asistido á las fiestas de Versalles, á las tragedias de Racine y á las oraciones fúnebres de Bossuet: en una palabra, habia contemplado la sociedad en el apogeo de su esplendor.

Restituido despues de muchos años á su patria, Chactas disfrutaba de tranquilidad, aunque el cielo le vendió tambien muy caro este beneficio, pues habia perdido la vista. Una jóven le acompañaba por las orillas del Meschacebé, bien así como Antígone guiaba á Edipo por el Citeron, ó como Malvina conducia á Orian sobre las cumbres de Morven.

A pesar de las repetidas injusticias que Chactas habia sufrido por parte de los franceses, amaba á estos entrañablemente, pues recordaba siempre á Fenelon, cuyo huésped habia sido, y deseaba poder dispensar algun favor á los compatriotas de tan virtuoso prelado. Esta ocasion se le presentó en 1725, pues un francés llamado René, impelido por sus pasiones y contratiempos, abordó á la Luisiana, y subiendo el Meschacebé, llegó al país de los Natchez, y solicitó ser admitido como guerrero en esta nacion. Habiéndole interrogado Chactas, y viendo que su resolucion era irrevocable, adoptóle por hijo y le dió por esposa una india llamada Celuta. Poco despues de este enlace, los salvajes se prepararon para marchar á la caza del castor.

Chactas, aunque ciego, fue designado por el consejo de los saquems (2) como caudillo de la expedicion: tal era el respeto que le tributaban las tribus indias. Empezaron las oraciones y los ayunos; los adivinos interpretaron los sueños; los manitús fueron consultados, ofreciéronse sacrificios de petun, y quemáronse trozos de lengua de danta, examinando si chisporreteaban en las llamas, para esplorar la voluntad de los genios, y al fin se emprendió la marcha, no sin haber comido antes el perro sagrado; René tomó parte en la alegre comitiva. Impelidas por las corrientes, las piraguas subieron el Meschacebé y entraron en el Ohio. Era el otoño, y los magníficos desiertos de Kentucky se dilataban á la atónita vista del jóven francés. Cierta noche, á la claridad de la luna, mientras los natchez dormian en sus piraguas, y la flota india levantando sus velas de pieles, huia á impulso de una ligera brisa, René, que habia quedado solo con Chactas, pidió á este la narracion de sus aventuras. El anciano se brindó á su deseo, y sentados ambos en la popa de la piragua, habló en estos términos:

LA NARRACION.

LOS CAZADORES.

«Muy singular es, en verdad, querido hijo mio, el destino que aqui nos reune. Yo veo en tí al hombre civilizado que se ha hecho salvaje, y tú ves en mí al hombre salvaje, á quien el Gran Espíritu (ignoro por qué designios), ha querido civilizar. Uno y otro hemos entrado en la senda de la vida por sus dos opuestas extremidades; pero tú has venido á descansar en mi puesto, y yo he ido á sentarme en el tuyo; por esta razon debemos considerar los objetos bajo un punto de vista diametralmente opuesto. ¿Quién de nosotros ha ganado ó perdido mas en su cambio de situacion? Arcano es este que solo conocen los genios, de los cuales el menos sabio atesora mas sabiduría que todos los hombres reunidos.

»A la próxima luna de las flores (3), se cumplirán siete veces diez nieves, y tres nieves mas (4), que mi madre me dió á luz en las orillas del Meschacebé. Los españoles se habian establecido poco antes en la bahía de Panzacola, pero ningun blanco habitaba aun en la Luisiana. Yo contaba apenas diez y siete caidas de hoja, cuando marché con mi padre, el guerrero Utalisi, contra los Muscogulgos, poderosa nacion de las Floridas, é incorporándonos con los españoles, nuestros aliados, empeñamos una batalla en uno de los brazos del Maubile; pero Areskoui (5) ¡y los manitús no nos fueron propicios. Triunfaron, pues, los enemigos, mi padre perdió la vida, y en su defensa recibí dos heridas. ¡Oh! ¿Porqué no bajé entonces al país de las almas (6), substrayéndome así á las desventuras que sobre la tierra me esperaban? Los espíritus lo decretaron de otra suerte, y me vi arrastrado por los fugitivos á San Agustin.

»En esta ciudad, recien construida por los españoles, me hallaba expuesto á ser llevado á las minas de Méjico, cuando un anciano español, llamado Lopez, movido á piedad al ver mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo y me presentó á una hermana suya con quien vivia sin esposa.

»Entrambos me cobraron el mas tierno cariño, y me educaron con esquisito celo, procurándome toda clase de maestros. Pero, despues de haber pasado treinta lunas en San Agustin, me asaltó un profundo hastio á la vida de las ciudades; me estenuaba visisiblemente, y ora permanecia inmóvil horas enteras contemplando las cimas de los montes lejanos, ora me sentaba á la márgen de un rio, cuya corriente contemplaba con honda melancolía, pues mi fantasia me pintaba los bosques que sus aguas habian atravesado, y mi alma vivia esclusivamente en la soledad.

»No pudiendo resistir por mas tiempo mi deseo de tornar al desierto, presentéme una mañana á Lopez, vestido de salvaje, llevando en una mano mi arco y mis flechas, y en la otra mi traje europeo, que entregué á mi generoso protector, á cuyos piés caí derramando copiosas lágrimas. Apostroféme con los mas odiosos dictados, acuséme de ingratitud, y le dije: «¡Oh padre mio! Ya lo ves: moriré si no vuelvo á la vida india!»

»Absorto Lopez, se esforzó en disuadirme de mi propósito, y me hizo ver el peligro á que me exponia de caer de nuevo en manos de los muscogulgos; pero viéndome resuelto á arrostrarlo todo, exclamó, anegado en lágrimas y estrechándome en sus brazos: «Vé, hijo de la naturaleza, vé á recobrar esa hermosa »libertad que Lopez no quiere arrebatarte. Si fuese »mas jóven, te acompañaria al desierto, donde tengo tambien dulces recuerdos, y te entregaria á los »abrazos de tu madre. Cuando te halles en las selvas »que te vieron nacer, acuérdate algunas veces del »anciano español que te dió franca hospitalidad; y »recuerda tambien, para sentirte movido al amor de »tus semejantes, que la primera prueba á que has so»metido el corazon humano, te ha sido favorable.»

(1) La voz armoniosa.
(2) Ancianos ó consejeros.

(3) El mes de mayo.
(4) Una nieve anual, ó lo que es lo mismo, setenta y tres años.
(5) Dios de la guerra.
(6) La otra vida.

Esto dicho, Lopez oró al Dios de los cristianos, cuyo culto me habia negado á abrazar, y nos separamos mal reprimiendo nuestros sollozos.

»No tardé en recibir el castigo á que mi ingratitud me habia hecho acreedor. Mi inexperiencia me extravió en los bosques, y caí en poder de una partida de muscogulgos y siminoles, como Lopez me lo habia predicho, pues fui reconocido como natche por mi vestido y por las plumas que adornaban mi cabeza. Atáronme, pues, pero no con fuerza, en consideracion á mi juventud. Habiendo Simagan, caudillo de la partida, querido saber mi nombre, le respondi: «Mi nombre es Chactas, y soy hijo de Utalisi, »el hijo de Miscú, que han arrebatado mas de cien »cabelleras á los héroes muscogulgos.» Simagan me replicó: «Chactas, hijo de Utalisi, el hijo de Miscú, »regocíjate, pues no tardarás en ser quemado en la »gran ciudad.» Yo repuse: «¡Me regocijo!» Y entoné mi cancion de muerte.

»Aunque prisionero, no podia, en los primeros dias, dejar de admirar á mis enemigos, pues el muscogulgo y su aliado el siminol, respiran alegría, amor y contento. Su andar es ligero, su trato franco, y su aspecto tranquilo. Habla mucho y con rara volubilidad, y su lenguaje es armonioso y fácil. Ni aun el progreso de los años puede robar á los saquems su sencilla jovialidad; que á semejanza de las caducas aves de nuestros bosques, mezclan sus antiguos cantos con los nuevos trinos de su tierna posteridad.

»Las mujeres que acompañaban la partida enemiga, manifestaban una solícita piedad y una curiosidad ingénua hácia mi juventud; dirigíanme preguntas, acerca de mi madre y los primeros dias de mi vida, y querian saber si mi cuna de musgo se habia mecido en las floridas ramas de los arces, y si las brisas me habian columpiado cabe los nidos de los pajarillos. Dirigíanme tambien otras mil preguntas relativamente al estado de mi corazon: si habia visto en mis sueños una cierva blanca, y si los árboles del valle secreto me habian aconsejado que amase. Yo respondia candorosamente á las madres, á las doncellas y á las esposas de los hombres, y les decia: «Vo»sotras sois las gracias del dia, y la noche os ama »como al rocio. El hombre sale de vuestro seno, pa»ra suspenderse de vuestro pecho y de vuestros la»bios; vosotras sabeis pronunciar palabras mágicas »que adormecen todos los dolores. ¡Esto es lo que me »decia la mujer que me dió la vida, y que no volve»rá ya á verme! Y me decia además que las vírgenes »son flores misteriosas, que crecen en lugares solita»rios.»

»Estos elogios complacian no poco á las mujeres, que me rodeaban de presentes, trayéndome crema de nueces, azúcar de arce, sagamitas (1), perniles de oso, pieles de castor, mariscos que me sirviesen de galas, y musgo para mi lecho. Conmigo cantaban y reian, y luego lloraban al pensar que mi destino era ser presa de las llamas.

»Cierta noche en que los muscogulgos habian establecido su campo á la entrada de un bosque, me hallaba sentado cerca del *fuego de la guerra*, con el cazador que me vigilaba, cuando de improviso llegó á mi oido el leve roce de un vestido sobre la yerba, y ví á una mujer, medio encubierta, que vino á sentarse á mi lado. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, y un pequeño crucifijo de oro brillaba sobre su pecho, al resplandor del fuego. Aunque su hermosura no era extremada, advertíase en su semblante cierto sello de virtud y amor, cuyo atractivo era irresistible y al cual unia las mas tiernas gracias: sus miradas respiraban una esquisita sensibilidad y una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

»Al verla, me di á pensar que era la *Virgen de los últimos amores*, vírgen que el cielo envia al prisionero para rodear de encantos su tumba. En esta persuasion, le dije con voz trémula, y con una agitacion que no procedia del temor á la hoguera: «¡Vírgen! »Digna eres de los primeros amores; que no has si»do formada para los últimos. Los movimientos de »un corazon que en breve cesará de latir, responde»rian harto mal á las palpitaciones del tuyo. ¿Cómo »hermanar la muerte con la vida? Tú me harias amar »demasiado la existencia: ¡sea, pues, otro hombre »mas venturoso que yo, y únanse la liana y la encina »en largos abrazos!»

»La misteriosa jóven me respondió: «*No soy la vírgen de los últimos amores*. ¿Eres cristiano?» Yo le repliqué que no habia sido infiel á los genios tutelares de mi cabaña. Al oir estas palabras, la india hizo un involuntario movimiento, y me dijo: «Deploro »que seas un vil idólatra. Mi madre me ha hecho »cristiana; *Atala* es mi nombre, y soy hija de Sima»gan, el de los braceletes de oro, el caudillo de los »guerreros que te rodean. Nos dirigimos á Apalachu»cla, donde serás arrojado á la hoguera. Esto dicien»do, Atala se levantó y se ocultó á mi vista.»

»Al llegar aquí, Chactas se vió precisado á interrumpir su narracion. Los recuerdos se agolparon en su alma, y sus apagados ojos inundaron en lágrimas sus rugosas mejillas: no de otro modo, dos manantiales ocultos en las profundas entrañas de la tierra, filtran sus ignoradas aguas por entre los rudos peñascos.

»Reanudando al fin el hilo de su discurso, prosiguió: «¡Oh, hijo mio! Ya ves cuan pequeño es Chactas, á pesar de su reputacion de sabio. ¡Ay! aun cuando los hombres no puedan ya ver, pueden llorar! Durante muchas noches la hija del saquem vino á verme, pero sin proferir palabra. El sueño habia huido de mis ojos, y Atala se pintaba en mi corazon, grata como un recuerdo del hogar paterno.

»Al dia décimo séptimo de marcha, y á la hora en que la efímera sale de las aguas, entramos en la gran sábana de Alachua, rodeada de colinas, que mostrándose unas tras otras, sustentan en unas cimas que se pierden en las nubes, bosques de copalmas, de limoneros, de magnolias y encinas. El caudillo dió el grito de llegada, y la tropa acampó al pié de las colinas. Fui colocado á alguna distancia á orillas de uno de esos pozos naturales, tan célebres en las Floridas; estaba atado al tronco de un árbol, y un guerrero me custodiaba impaciente. Pocos momentos habia pasado allí, cuando Atala se dejó ver sobre los liquidámbares de la fuente. «¡Cazador! dijo al soldado muscogulgo, si quieres seguir la pista del corzo, yo guardaré al prisionero.» El guerrero dió un salto de alegría al oir estas palabras de la hija del cacique; y lanzándose desde la cima de la colina, se perdió en la llanura.

«¡Inexplicable contradiccion del corazon humano! Yo, que tanto habia deseado decir las cosas del misterio á la mujer á quien amaba ya como al sol, turbado y mudo á la sazon, hubiera preferido ser arrojado á los cocodrilos de la fuente, á encontrarme solo con Atala. La hija del desierto se sentia no menos confusa que su prisionero, y ambos guardábamos un profundo silencio, pues los genios del amor nos habian dejado sin palabras; al fin, Atala, haciendo un esfuerzo, dijo: «¡Guerrero! Estás ligeramente preso, y puedes huir sin dificultad.» Al oir tales razones, mi lengua recobró su soltura y respondí: «¡Ligeramente preso, oh mujer..!» Y no supe terminar la frase. Atala me replicó, despues de algunos momentos de duda: «¡Sálvate!» y me desató del tronco del árbol. Yo tomé la cuerda, y la puse en la mano de la jóven extranjera obligando sus hermosos dedos á cerrarse sobre ella, gritando: «¡Tómala, tómala!» Eres un insensato, me dijo Atala con turbado acen-

(1) Especie de tortas de maiz.

»to. ¡Desventurado! ¿Ignoras que te aguarda una »hoguera? ¿Qué pretendes? ¿Has olvidado que soy la »hija de un respetable saquem?—«Hubo un tiempo, »le respondí con lágrimas, en que fuí llevado tambien »por mi madre en una piel de castor. Mi padre era »dichoso dueño de una hermosa cabaña, y sus re»baños bebian en las aguas de mil torrentes; ahora »empero, vago por la tierra sin patria ni hogar. Cuando »deje de existir, ningun amigo acudirá á cubrir con »un puñado de yerba mi cadáver, para preservarlo de »las moscas. Los restos de un extranjero sin fortuna »á nadie interesan.»

»Mis palabras enternecieron á Atala, cuyas lágrimas se confundian con las aguas de la fuente. «¡Ah! re»puse con viveza; ¡si tu corazon hablase como el »mio! ¿No es libre el desierto? ¿No tienen los bos»ques, recónditos albergues que nos oculten? ¿Nece»sitan acaso los hijos de las cabañas, de muchas co»sas para ser felices? ¡Oh tú, mas hermosa que el »primer sueño del esposo! ¡Oh, querida mia! no te»mas seguir mis pasos.» Estas fueron mis palabras. Atala me respondió con ternura: «¡Jóven amigo mio! has aprendido la lengua de los blancos, y no es difícil engañar á una india.—¡Cómo! exclamé: me apellidas tu jóven amigo! ¡Ah! si un pobre esclavo... ¡Si! ¡si! replicó, inclinándose en mi pecho; un pobre esclavo...» Yo repliqué con vehemencia: ¡Prenda de tu fe me sea un beso!» Atala escuchó mi ruego: yo quédé suspenso de sus labios como un cervatillo parece pender de los flores de lianas de rosado color, que ase con delicada lengua, en las faldas de la montaña.

«¡Ah, hijo mio! ¡el dolor sigue de cerca á los pasos del placer! ¿Quién hubiera podido imaginar que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, seria el mismo en que destruyese mis esperanzas? Blancos cabellos del viejo Chactas, grande fue vuestro asombro cuando la hija del saquem pronunció estas palabras: ¡«Hermoso prisionero! He ce»dido con harta imprudencia á tu deseo; pero; ¿adon»de nos conducirá esta pasion? Mi religion me sepa»ra de tí para siempre.... ¡Oh madre mia! ¿qué has »hecho?» Atala calló de repente, y retuvo no sé qué fatal secreto, próximo á huir de sus labios. Sus palabras me abismaron en la desesperacion. ¡Pues bien! exclamé, seré tan cruel como tú: ¡no esperes que huya! Me verás en el cuadro de fuego; oirás los chasquidos de mis carnes, y te regocijarás. Atala tomó mis manos entre las suyas, diciendo: «¡Pobre »idólatra! en verdad, te compadezco! ¿quieres pues, »que llore con todo mi corazon? ¿Porque no me es »dado huir contigo? ¡Desgraciado ha sido, Atala, »el vientre de tu madre! ¿Por qué no te arrojas á »los cocodrilos de la fuente?»

«Era la hora del ocaso, y como los cocodrilos empezasen á hacer oir sus sordos rugidos, Atala me dijo, poseida de terror: «¡Abandonemos estos lugares! Entonces conduje á la hija de Simagan al pié de las colinas que formaban anchos golfos de verdor, al internar sus promontorios en la sábana. La tranquilidad y la magnificencia reinaban en el desierto: la cigüeña chillaba en su nido; los bosques repetian el monótono canto de las codornices, los silbidos de las cotorras, los mugidos de los bisontes y los relinchos de los caballos siminoles.

»Nuestros paseo fue mudo. Yo caminaba al lado de Atala, que tenia asida la extremidad de la cuerda, que le habia obligado á tomar. Algunas veces llorábamos, y otras nos esforzábamos por sonreir. Unas miradas que ora se dirigian al cielo, ora se fijaban en la tierra; una atencion profunda al canto de cualquiera avecilla, un involuntario ademan hácia el sol que se perdia en el horizonte; una mano estrechada con íntima ternura; un pecho, ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de Chactas y de Atala, dulce y alternativamente repetidos.... ¡Oh primer paso del amor! ¡Muy poderoso debe ser el ascendiente de tu recuerdo, cuando despues de tantos años de infortunios, conmueves todavia el corazon del viejo Chactas!

»¡Cuán incomprensibles son los mortales, agitados por el torbellino de las pasiones! Yo acababa de abandonar al generoso Lopez, y de exponerme á todos los peligros para recobrar mi libertad; y en un instante, la mirada de una mujer habia cambiado mis gustos, mis resoluciones, mis pensamientos; y olvidando mi país, mi madre y la muerte horrorosa que me esperaba, me mostraba del todo indiferente á cuanto no era Atala. Sin fuerza para elevarme á la razon concedida al hombre, habia caido de repente en una especie de infancia; y lejos de poder hacer cosa alguna para sustraerme á una inminente catástrofe, érame casi necesario que los demás se ocupasen de mi sueño y alimento.

»En vano, pues, me pidió de nuevo Atala que la abandonase, arrojándose á mis piés, porque lejos de oir sus ruegos, le aseguré que regresaria solo al campo, si se negaba á atarme segunda vez al tronco del árbol. Vióse, pues, precisada á complacerme, esperando convencerme en ocasion mas oportuna.

»Al dia siguiente del en que quedó decidido el destino de mi vida, nos detuvimos en un valle poco distante de Cuscowilla, capital de los Siminoles, que unidos con los Muscogulgos, forman con ellos la confederacion de los Crecks. La hija del país de las palmeras vino á buscarme á media noche, y me condujo á un extenso pinar, renovando sus súplicas para que huyese. Sin responderle palabra, tomé su mano en la mia, y obligué á la tímida cervatilla á vagar conmigo en el bosque. La noche era deliciosa: el genio de los aires sacudia su azul cabellera, embalsamada por los pinos, y se respiraba el leve olor de ámbar que exhalaban los cocodrilos, ocultos bajo los tamarindos de los rios. Brillaba la luna en medio del purísimo cielo, y su plateado resplandor bañaba los indeterminados perfiles de los montes. Ningun rumor llegaba á nuestros oidos, si se exceptúa cierta indefinible y lejana armonía que llenaba la profundidad de los bosques: pudiera decirse que el alma de la soledad suspiraba en toda la extension del desierto.

»Abismados en nuestros pensamientos, descubrimos al través de los árboles á un jóven que empuñando una antorcha, parecia el genio de la primavera recorriendo los bosques para reanimar la adormecida naturaleza. Era un amante que se encaminaba á la cabaña de su amada, para conocer la suerte reservada á su amor.

»Si la vírgen, decia, apaga mi antorcha, señal es de que acepta los prometidos votos; mas si se cubre sin apagarla, me desdeña como esposo.

»Y el guerrero, deslizándose á través de las sombras, cantaba en voz remisa estas palabras:

«Me anticiparé á los pasos del dia en la cima de las montañas, para buscar á mi solitaria paloma entre las encinas del bosque.

»He suspendido á su cuello un collar de porcelanas (1), en que hay tres cuentas rojas para mi amor, tres de color de violeta para mis temores, y tres azules para mis esperanzas.

»Mila tiene los ojos de un armiño, y la ondulosa cabellera de un campo de arroz; su boca es un marisco de color de rosa, rodeado de perlas; y sus pechos se asemejan á dos corzos sin mancha, nacidos en un mismo dia, de una misma madre.

»¡Ojalá que Mila apague esta antorcha! ¡Ojalá que sus labios derramen sobre ella una sombra voluptuosa! Yo fertilizaré su seno; la esperanza de la patria penderá de sus fecundos pechos, y fumaré mi calumet de paz sobre la cuna de mi hijo.

(1) Especie de mariscos.

»¡Ah! ¡Dejad que me anticipe á los pasos del dia en la cima de las montañas, para buscar á mi solitaria paloma entre las encinas del bosque.»

»Así cantaba aquel jóven, cuyos acentos agitaron profundamente mi alma, demudaron el semblante de Atala, y estremecieron nuestras enlazadas manos. Pero de aquella escena vino á distraernos otra no menos peligrosa para nosotros.

»Pasábamos á la sazon cerca del sepulcro de un niño, que servia de límite á dos naciones, pues habíanlo colocado á orillas del camino, segun la costumbre establecida, para que las jóvenes pudiesen, al ir á la fuente, atraer á su seno el alma de la inocente criatura y devolverla á la patria. Veíanse allí en aquel momento muchas nuevas esposas, que anhelando gozar las dulzuras de la maternidad, intentaban, entreabriendo sus labios, recoger el alma del niño, que creian ver vagar sobre las flores. La verdadera madre acudió luego á colocar un haz de maiz y un manojo de azucenas sobre la tumba; y sentándose en los húmedos céspedes, y regando la tierra con su leche, habló así á su hijo con cariñoso acento:

«¡Por qué te he llorado en tu cuna de tierra, ó hijo »mio! Cuando el pajarillo se hace grande, le es pre»ciso buscarse su sustento, y halla en el desierto mu»chas semillas amargas. Tú, á lo menos, no has co»nocido las lágrimas; á lo menos tu corazon no se ha »visto expuesto al soplo destructor de los hombres. »El capullo que se marchita en su cáliz, pasa con to»dos sus perfumes, como has pasado tú, ¡hijo mio! »con toda tu inocencia. ¡Felices los que mueren en »la cuna, porque ellos no han conocido sino los besos »y las sonrisas maternales!»

«Subyugados ya por nuestro corazon, nos sentimos abrumados por las dulces imágenes del amor y de la maternidad, que parecian seguirnos en aquellas encantadas soledades. Llevé á Atala en mis brazos al fondo del bosque, y le dije cosas que en vano intentarian mis labios repetir hoy. El viento del Mediodia, mi querido René, pierde todo su calor cuando atraviesa montañas cubiertas de nieve; las reminiscencias del amor en el corazon de un anciano son los rayos del sol reflejados por el tranquilo disco de la luna durante la ausencia de aquel, y cuando el silencio reina en las cabañas de los salvajes.

»¿Quién podia salvar á Atala? ¿quién lograria evitar el triunfo de la naturaleza? Solamente un milagro, y este milagro se realizó. La hija de Simagan recurrió al Dios de los cristianos: postróse en tierra y pronunció una ferviente plegaria á su madre y á la Reina de las vírgenes. Desde aquel momento, ¡oh René! concebí una alta idea de esa religion, que en los bosques y en medio de todas las privaciones de la vida, puede colmar de mercedes á los desgraciados; de esa religion que, oponiendo su poder al torrente de las pasiones, basta para vencerlas cuando las lisonjean de consuno el impenetrable secreto de los bosques, la ausencia de los hombres, y la fidelidad de las tinieblas. ¡Ah! ¡Cuán divina me pareció la sencilla salvaje, la ignorante Atala, que de rodillas ante un añoso y derribado pino, como al pié de un altar, ofrecia á Dios sentidas oraciones por un amante idólatra! Fijos sus ojos en el astro de la noche, y brillando sus mejillas al doble llanto de la Religion y del amor, su hermosura presentaba un sello inmortal. Muchas veces me pareció que iba á remontar su vuelo hácia el sereno firmamento; muchas creí ver bajar en los rayos de la luna y escuchar en las ramas de los árboles esos genios que el Dios de los cristianos envia á los anacoretas de los peñascos, cuando se dispone á llamarlos á sí. A tal espectáculo experimenté una profunda afliccion, pues me asaltó el presentimiento de que Atala pasaria breves dias en la tierra.

»No obstante, derramó tantas lágrimas y se mostró tan desgraciada, que casi me sentia ya dispuesto á alejarme, cuando el grito de muerte resonó en el bosque. Cuatro hombres armados se arrojaron sobre mí: habiamos sido descubiertos, y el gefe de guerra habia dado órden de perseguirnos.

»Atala, que parecia una reina por la magestad de su continente, no se dignó dirigir la palabra á aquellos guerreros, y despues de lanzarles una mirada altiva, fué á buscar á Simagan, de quien nada le fue posible conseguir. Lejos de esto, duplicáronse mis centinelas, se aumentó el rigor de mi cautiverio, y se me separó de mi amante. Despues de cinco noches descubrimos á Apalachucla á orillas del Chata-Uche; allí fui coronado de flores; pintáronme el rostro de azul y rojo, me ataron perlas á la nariz y las orejas, y me pusieron en la mano un chichikué (1).

Así adornado para el sacrificio, entré en Apalachucla en medio de los redoblados gritos de la multitud. Mi fin estaba próximo, cuando se oyó súbitamente el ronco sonido de una bocina, y el Mico ó cacique de la nacion mandó que esta se reuniese.

»Ya conoces, hijo mio, los tormentos que los salvajes hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos habian conseguido, exponiendo su vida y movidos de una caridad infatigable, hacer substituir en muchas naciones una esclavitud bastante mitigada á los horrores de la hoguera. Pero los muscogulgos no habian adoptado aun esta costumbre, si bien se habia declarado ya en su favor un partido numeroso. El Mico convocaba en aquellos momentos á los saquems para decidir sobre tan importante asunto, y yo fuí conducido al lugar destinado á las deliberaciones.

»Descollaba no lejos de Apalachucla sobre un aislado montecillo el pabellon del consejo: tres círculos de columnas formaban la elegante arquitectura de aquella rotonda. Las columnas eran de ciprés pulimentado y esculpido, y aumentaban en altura y espesor disminuyendo en número á medida que se acercaban al centro, ocupado por una sola columna, desde cuya extremidad partian fajas de varias cortezas, que pasando por los remates de las demás, cubrian el pabellon á manera de un abanico.

»Reunióse el consejo, y cincuenta ancianos, cubiertos de mantos de pieles de castor, se sentaron en una especie de gradería, colocada en frente de la puerta del pabellon. El cacique ocupaba el asienta del centro, empuñando el calumet de paz, medio coloreado por la guerra, y á la derecha de los ancianos se veian cincuenta mujeres vestidas con una túnica de plumas de cisne. Los gefes de guerra, armados con el tomahawk (2), rodeada la cabeza de vistosas plumas, y teñidos de sangre los brazos y el pecho, ocupaban la izquierda.

»Al pié de la columna del centro ardia la hoguera del consejo. El primer sacerdote, rodeado de los ocho guardias del templo, vestido con un largo traje y ostentando sobre la cabeza un buho relleno de paja, derramó porcion de bálsamo de copalma sobre las llamas, y ofreció un sacrificio al sol. La triple fila de ancianos, de matronas y de guerreros; aquellos sacerdotes, aquellas nubes de incienso y aquel sacrificio, contribuian á dar al consejo un aspecto imponente.

»Yo me hallaba en pié en medio de la asamblea. Terminado el sacrificio, el Mico tomó la palabra, y despues de exponer con sencillez el negocio sobre que debia deliberar el consejo, arrojó un collar azul en medio de los concurrentes, en testimonio de lo que acababa de decir.

»Levantóse entonces un saquem de la tribu del Aguila, y habló en estos términos:

«Mico, padre mio, saquems, matronas y guerre-

(1) Instrumento músico de los salvajes.
(1) El hacha.

»ros de las cuatro tribus del Aguila, del Castor, de »la Serpiente y de la Tortuga: no alteremos las cos»tumbres de nuestros abuelos; quememos este pri»sionero y no enervemos nuestro vigor. Lo que se os »propone es una costumbre de los blancos: debe, »pues, ser perniciosa. Entregad un collar rojo que »contenga mis palabras. He dicho.»

»Y arrojó un collar rojo en la asamblea.

»Levántose una matrona, y razonó de esta suerte:

«Aguila, padre mio: dotado estás de la prevision »de una zorra, y de la prudente lentitud de una tor»tuga. Quiero labrar contigo la cadena de la amistad, »y unidos plantaremos el árbol de la paz; pero cam»biemos las costumbre de nuestros abuelos, en lo »que tienen de funesto. Tengamos esclavos que cul»tiven nuestros campos, y dejemos de oir los gritos »de los prisioneros que afligen el pecho de las ma»dres. He dicho.»

«Bien así como las olas del mar se estrellan durante una tempestad; como son arrebatadas las hojas secas en otoño por un huracan; como las cañas del Meschacebé se doblan y tornan á levantarse en una inundacion repentina; ó como brama un numeroso rebaño de ciervos en las espesuras de un bosque: tal se agitaba y murmuraba el consejo, porque los saquems, los guerreros y las matronas hablaban á la vez ó alternativamente. Pugnaban los intereses, dividíanse las opiniones, y el consejo iba á disolverse; pero al fin triunfó la antigua usanza, y fuí condenado á la hoguera.

»Una circunstancia favorable vino á aplazar mi suplicio; este incidente era la proximidad de la *Fiesta de los muertos*, ó el *Festin de las almas*, pues era costumbre no dar muerte á los prisioneros durante los dias consagrados á esta ceremonia. Confióseme, pues, á un severo vigilante, y no es dudoso que los saquems alejaron á la hija de Simagan, puesto que no volví á verla.

»Mientras esto ocurria, las naciones de mas de trescientas leguas en contorno llegaban en tropel para celebrar la mencionada fiesta, á cuyo efecto habíase construido una vasta cabaña en un lugar apartado. El dia prefijado, cada familia exhumó los restos de sus padres de sus sepulcros particulares, y los esqueletos fueron colgados por órden y familia en las paredes de la *Sala comun de los abuelos*. Los vientos (pues se habia desencadenado una tempestad), los bosques y las cataratas mugian por fuera, mientras los ancianos de diferentes naciones ajustaban tratados de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

»Celebráronse los juegos fúnebres, esto es, la carrera, la pelota y la taba. Dos doncellas se esforzaban en arrancarse una vara de sauce: los botones de su seno se tocaban, sus manos volteaban sobre la vara, que levantaban sobre sus cabezas; sus hermosos y desnudos piés se entrelazaban; encontrábanse sus labios, su suave aliento se confundia; mezclaban sus sueltas cabelleras al inclinarse; y como al mirar á sus madres se ruborizaban, todos las aplaudian. (1) El sacerdote invocó á Michabú, genio de las aguas, y narró las guerras del Gran-Liebre contra Machimanitú, dios del mal; dijo el primer hombre, y Ataënsia la primera mujer, precipitados del cielo por haber perdido la inocencia; la tierra enrojecida con la sangre fraternal; á Juskeka el impio sacrificando al justo Tauhistsaron; el diluvio bajando á la voz del Gran-Espíritu; á Massú, único que logró salvarse en su canoa de corteza, y el cuervo enviado al descubrimiento de la tierra; dijo tambien la hermosa Endaé, arrancada á la mansion de las almas por las melodiosas canciones de su esposo.

(1) Las doncellas salvajes conocen el sentimiento del rubor.

»Terminados estos juegos y cantos, dispusiéronse todos á dar á sus abuelos una sepultura eterna.

»Crecia en la márgenes del Chata-Uche una higuera silvestre, consagrada por el culto de los pueblos. Las doncellas acostumbraban lavar allí sus túnicas de corteza, que exponian luego al viento del desierto sobre las ramas de los añosos árboles, y en aquel lugar se habia abierto una inmensa fosa. La comitiva salió del fúnebre recinto, cantando himnos á la muerte, y cada familia llevaba algunos restos sagrados. Al llegar á la formidable fosa, depositáronse en ella los despojos de la muerte, extendiéndolos por capas, y separándolas con pieles de oso y de castor; levantóse el monte del sepulcro, y se plantó el *Arbol de los llantos y del sueño*.

»Compadezcamos á los hombres, ¡querido René! Aquellos mismos indios, cuyas costumbres son tan interesantes, y aquellas mismas mujeres que tan tierna solicitud me habian manifestado, pedian entonces á gritos mi muerte, y naciones enteras retardaban su regreso para gozar del placer de ver sufrir espantosos tormentos á un indefenso jóven.

»En un valle situado al Norte, y á escasa distancia de la gran ciudad, alzábase un bosque de cipreses y abetos, denominado el *Bosque de la sangre*, al cual se llegaba por entre las ruinas de uno de esos monumentos cuyo orígen se ignora, y que son obra de un pueblo desconocido actualmente. En el centro de aquel bosque se extendia un arenal donde eran sacrificados los prisioneros de guerra, y á el fuí conducido en triunfo. Todo se dispuso para mi muerte: plantóse la estaca ó poste de Areskuí; los pinos, los olmos y los cipreses cayeron al filo de la segur; elevóse la hoguera, y los espectadores construyeron anfiteatros con ramas y troncos de árboles. Cada cual inventaba un suplicio: quién se proponia arrancarme la piel del cráneo, quién intentaba quemarme los ojos con teas encendidas. Entonces empezé mi cancion de muerte:

«No temo los tormentos, pues soy valiente, ¡oh »muscogulgos! Yo os desafio y desprecio mas que á »débiles mujeres. Mi padre Utalisi, hijo de Miscú, ha »bebido en el cráneo de vuestros mas denodados guer»reros; ¡no arrancareis, no, un suspiro á mi corazon!»

«Provocado por mi cancion, un guerrero me atravesó un brazo con una flecha, diciendo: «¡Hermano! »te doy gracias.»

»A pesar de la actividad de los verdugos, los preparativos del suplicio no pudieron terminar antes de ponerse el sol, por lo cual se consultó al sacerdote, y habiendo este prohibido que se turbase el reposo de los genios de las sombras, mi muerte fue aplazada para el dia siguiente. Pero impacientes por gozar de tan horrible espectáculo, y deseando hallarse mas expeditos al nacer la nueva aurora, no se alejaron del *Bosque de la sangre*, y encendiendo en él grandes hogueras, se entregaron á sus fiestas y danzas.

»Para mayor seguridad, se me habia acostado de espalda, y las cuerdas que partian de mi cuello, mis piés y mis brazos, se sujetaban á unas estacas clavadas en el suelo; y como los guerreros estaban acostados sobre ellas, no me era posible hacer el mas ligero movimiento sin que lo advirtiesen. La noche adelantaba, y los cantos y las danzas cesaron gradualmente; las hogueras despedian ya únicamente unas llamaradas rojizas, á cuya dudosa claridad veia discurrir las sombras de algunos salvajes; todo al fin se entregó al sueño; y á medida que el rumor de los hombres decrecia, aumentaba el del desierto, sucediendo al tumulto de las voces, las quejas del viento que sacudia el bosque.

»Era la hora en que la jóven india que acaba de ser madre, despierta llena de sobresalto en medio de la noche, creyendo escuchar los quejidos de su primogénito, que le pide el dulce sustento. Con los ojos fijos en el cielo, que la luna menguante recorria al través de

las nubes, me entregaba á tristes reflexiones sobre mi singular destino, y Atala me parecia un monstruo de ingratitud. ¡Abandonarme en el momento del suplicio, siendo así que yo me hubiera entregado á las llamas antes que alejarme de ella! Y no obstante, sentia que la amaba aun, y que moriria gustoso por ella.

»Hay en el extremo de los placeres un aguijon que nos despierta como para advertirnos que aprovechemos sus fugaces momentos; y sucede que en los extremados dolores nos adormece cierto peso, pues cansados de llorar, los ojos procuran naturalmente cerrarse; y nótese en esto cómo la bondad de la Providencia se manifiesta hasta en nuestros infortunios. Cedí, pues, á mi pesar á ese letárgico sopor que algunas veces se concede á los desgraciados; y soñando que me desataban de mis ligaduras, creí experimentar ese consuelo que se advierte cuando despues de habernos visto aherrojados, una mano amiga nos libra de nuestra opresion.

»Tan viva llegó á ser esta sensacion, que me hizo abrir los párpados. Al resplandor de la luna cuyos rayos se deslizaban entre dos nubes, entreví una figura blanca, inclinada sobre mí, y ocupada en desatar en silencio los lazos que me oprimian. Iba á prorumpir en un grito de sorpresa, cuando una mano que reconocí al punto, selló mis labios. Quedaba tan solo una cuerda, pero parecia imposible cortarla sin tocar á un guerrero que la cubria en toda la extension de su cuerpo. Atala acercó su mano á ella, y el guerrero, se incorporó medio despierto; la jóven quedó inmóvil y le miró; y el indio, creyendo ver el espíritu de las ruinas, tornó á acostarse cerrando los ojos é invocando su manitú: ¡la atadura estaba rota! Levantéme y seguí á mi libertadora, que me alargó la extremidad de un arco, del cual ella tenia asida la otra. Mas, ¡cuántos peligros nos rodeaban! Unas veces nos veiamos expuestos á tropezar en los dormidos salvajes; otras, un centinela nos dirigia la voz, y Atala respondia desfigurando la suya; gritaban los niños y ladraban los perros. Apenas habiamos salido de aquellos funestos lugares, cuando el bosque se sintió extremecido por agudos ahullidos. El campamento se despertó, encendiéronse mil hogueras, y veíase correr por todas partes á los salvajes armados de antorchas: esto nos hizo acelerar nuestros pasos.

»Cuando la aurora se mostró sobre las cumbres de los Apalaches, nos hallábamos ya muy lejos. ¡Cuán feliz me conceptué al verme otra vez en la soledad al lado de Atala! ¡de Atala mi libertadora, de Atala que se entregaba á mí para siempre! Falta mi lengua de palabras, caí de rodillas y dije á la hija de Simagan: «Los hombres son harto insignificantes; pero cuando »los genios los visitan, entonces nada son. Tú eres un »genio, tú me has visitado, y no acierto á hablar en »tu presencia.» Atala me alargó la mano con dulce sonrisa, y me dijo: «Me es forzoso seguirte; toda vez »que no quieres huir sin mí. Esta noche he seducido »al sacerdote por medio de presentes, he embriagado »á tus verdugos con esencia de fuego (1), y he arries»gado mi vida por tí, supuesto que tú hubieras dado la »tuya por mí. Si, jóven idólatra, añadió con un acento »que me dejó aterrado: ¡recíproco será el sacrificio!»

«Atala me entregó las armas que habia tenido la prevision de traer consigo, y luego curó mi herida, enjugándola con una hoja de papaya, y empapándola en sus lágrimas. «Suave, es, le dije, el bálsamo que so»bre mi herida derramas.»—»Mucho temo, me repli»có, que sea un veneno.» Esto diciendo, rasgó uno de los velos que cubrian su seno, é hizo de él una venda que ató con un rizo de sus cabellos.

»La embriaguez, que dura mucho tiempo entre los salvajes, y que es para ellos una especie de enfermedad, les impidió sin duda seguirnos durante los primeros dias; y si nos buscaron en los siguientes, es probable lo hiciesen por la parte del Poniente, en la persuasion de que habríamos procurado encaminarnos al Meschacebé; pero habiamos seguido la direccion de la estrella inmóvil (2), siguiendo el musgo del tronco de los árboles.

(1) Aguardiente.

»No tardamos en advertir que habíamos ganado poco en mi libertad, pues el desierto dilataba á nuestra vista sus ilimitadas soledades. Faltos de experiencia en la vida de los bosques, desviados de nuestro verdadero camino, y vagando á merced de la casualidad, ¿qué suerte nos esperaba? Muchas veces, al mirar á Atala, traia á mi memoria la antigua historia de Agar, que Lopez me habia hecho leer, y que tuvo lugar en el desierto de Bersabé, mucho tiempo há, cuando los hombres vivian tres edades de encina. Atala me tejió un abrigo con la segunda corteza del fresno, porque me hallaba casi desnudo, y me bordó unas *mocasinas* (3) de piel de raton almizclero y puas de puerco-espin. Yo por mi parte cuidaba de su adorno; y ora le ponia en la cabeza una corona de esas malvas azules que hallábamos en nuestro camino, en los cementerios indios abandonados; ora le fabricaba vistosos collares con granos rojos de azalea; y luego sonreia contemplando su peregrina hermosura.

»Cuando hallábamos un rio, lo vadeábamos en una balsa, ó á nado. Atala apoyaba una de sus manos en mi hombro; y á semejanza de dos cisnes viajeros, atravesábamos las solitarias ondas.

»Con frecuencia, en los grandes calores del dia buscábamos un abrigo á la sombra de los musgos de los cedros, pues casi todos los árboles de la Florida, y en particular el cedro y la encina, están cubiertos de un musgo blanco que baja desde las ramas al suelo. Cuando en la noche, al resplandor de la luna se descubre sobre una desnuda sábana una carrasca aislada cubierta con este manto, pudiera creérsela un fantasma que arrastra á su espalda un largo velo. Y no es menos pintoresca durante el dia esta escena, pues multitud de mariposas, de moscas resplandecientes, de colibris, de cotorras verdes y de grajos azules, acuden á posarse sobre aquellos musgos, que producen entonces el efecto de un tapiz de lana blanca, en que el artista europeo hubiese bordado mil vistosos insectos y brillantes pajarillos.

»En aquellas risueñas posadas dispuestas por el Gran Espíritu, descansábamos á la sombra. Cuando los vientos bajaban del cielo para mecer el gran cedro, y el castillo aéreo construido sobre sus ramas, se columpiaba con las aves y los viajeros dormidos en su espesura; y cuando de los corredores y de las bóvedas del movible edificio salian mil suspiros, puede decirse que todas las maravillas del antiguo mundo son muy inferiores á aquel magnífico monumento del desierto.

»Todas las noches encendiamos una gran hoguera, y construiamos la cabaña de viaje con un techo de corteza sostenido en cuatro puntales. Si yo habia dado muerte á alguna pava silvestre, una paloma torcaz, ó un faisan de los bosques, lo colgábamos delante de la encina transformada en hoguera, en la extremidad de una estaca clavada en tierra, y abandonábamos al viento el cuidado de dar vueltas á la presa del cazador. Comíamos unos musgos llamados *tripas de peñascos*, cortezas azucaradas de abedul y manzanas de mayo, cuyo sabor es comparable con el melocoton y la frambuesa, al paso que el nogal negro, el arce y el zumaque proporcionaban exquisitos vinos á nuestra mesa. Algunas veces iba á buscar entre las cañas una planta cuya flor, prolongada á manera de cucurucho, era para nosotros un vaso lleno del mas puro rocío, y bendecíamos la Providencia que habia colocado sobre el frágil tallo de una flor aquel límpido manantial, en-

(2) El Norte.
(3) Calzado indio.